

por el ocre camino que cruza la campaña
plana, árida y seca.

Ni un árbol, ni una loma, ni la mancha sombría
de un monte, en derredor.
Las carquejas se enroscan bajo el fuego del día
implacable, de enero.

Parece que el planeta estuviera vacío
y que van a una cita misteriosa y suprema,
esas lentas carretas que cruzan el camino
bajo este sol que quema!

ESTIO

Cantar del agua del río.
Cantar continuo y sonoro,
arriba bosque sombrío
y abajo arenas de oro.

Cantar...
de alondra escondida
entre el oscuro pinar.

Cantar...
del viento en las ramas
floridas del retamar.

Cantar...
de abejas ante el repleto
tesoro del colmenar.

Cantar...
de la joven tahonera
que al río viene a lavar.

Y cantar, cantar, cantar,
de mi alma embriagada y loca
bajo la lumbre solar.

LOS PINOS

Yo digo ¡pinos! y siento
que se me aclara el alma.
Yo digo ¡pinos! y en mis oídos
rumorea la selva.

Yo digo ¡pinos! y por mis labios pasa
la frescura de las fuentes salvajes.

¡Pinos, pinos, pinos! Y con los ojos cerrados,
veo la hilacha verde de los ramajes profundos,
que recortan el sol en obleas desiguales
y lo arrojan, como puñados de lentejuelas
a los caminos que bordean.

Yo digo ¡pinos! y me veo morena,
quinzeabrileña,
bajo uno que era amplio como una casa,
donde una tarde alguien puso en mi boca,
como un fruto extraordinario
el primer beso amoroso.

¡Y todo mi cuerpo anémico tiembla
recordando su antiguo perfume a yerbabuena!

Y me duermo con los ojos llenos de lágrimas,
así como los pinos se duermen con las ramas
llenas de rocío.

LA TARDE

He bebido del chorro cándido de la fuente.
Traigo los labios frescos y la cara mojada.
Mi boca hoy tiene toda la estupenda dulzura,
de una rosa jugosa, nueva y recién cortada.

El cielo ostenta una limpidez de diamante.
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.
¿No sientes en mis trenzas olor a trigo ondeante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Elástica de gozo cual un gamo he corrido
por todos los ceñudos senderos de la sierra.
Y el galgo cazador que es mi gufa, rendido,
se ha acostado a mis pies, largo a largo, en la tierra.

¡Ah, qué inmensa fatiga me derriba a la grama
y abate en tus rodillas mi cabeza morena,
mientras que de una iglesia campesina y lejana
nos llega un lento y grave llamado de novena!

LA HIGUERA

Porque es áspera y fea.
Porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
—Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
—Hoy a mí me dijeron hermosa.